

La Doctrina de Finlay

Por el DR. HORACIO ABASCAL

"La confirmación de la doctrina del Dr. Finlay es el paso más grande que se ha dado en ciencias médicas después del descubrimiento de la vacuna por Jenner, y este solo hecho basta para justificar la guerra contra España".

General Leonard Wood.

Cuando justamente hace un siglo Carlos J. Finlay era alumno del Jefferson Medical College of Philadelphia, la prestigiosa Facultad donde habían estudiado antes figuras como el eminente ginecólogo Marión Sims, verdadero iniciador en el terreno operatorio, y Samuel D. Gross, uno de los maestros quirúrgicos de los Estados Unidos; del Jefferson Medical College donde tuvo el honor de ser discípulo de Dunglison, Pancoast, Huston, Dent Mütter, Meigs, Bache, John Kearsly Mitchell, y de tener como preceptor particular durante tres años al hijo de éste, el famoso Silas Weir Mitchell, recién llegado entonces de París; cuando Carlos J. Finlay hacía su graduación, cuyo centenario celebramos hoy con toda solemnidad, la fiebre amarilla era algo más que una enfermedad: en el orden moral era un fantasma; en la realidad, un azote que arrancaba las vidas de los hombres como la tormenta arranca las espigas del triguero. Aunque en la Habana y otros lugares era endémica, no fue sin embargo patrimonio exclusivo de los trópicos. En ocasiones se salía de sus cantones naturales y hacía excursiones bien lejanas. En esta misma ciudad filadelfiana, la muerte vestida con el hábito de la fiebre amarilla utilizó algunas veces su guadaña.

Cuando Finlay se graduó, 10 de marzo de 1855, su preceptor S. Weir Mitchell, quien le tomó gran aprecio, sellándose entre los dos una buena amistad, que no en balde la "ciudad del amor fraternal" fundada por William Penn ha merecido el sobrenombre de "The City of Homes", Weir Mitchell, repetimos, le instó para que se estableciese en New York, donde residían a la sazón muchos españoles y cubanos. Pero Finlay tenía madera de investigador; y aunque por las leyes de la herencia pudiera ser un poco aventurero, ya que fue a Lima con su padre, decidió quedarse en su tierra natal. Había nacido en la ciudad de Camagüey el 3 de diciembre de 1833., hijo de escocés y de francesa.

Si bien se dedicó al ejercicio de la medicina en general, especializándose algo en oftalmología, desde los primeros instantes le prestó gran atención a investigar la causa de la fiebre amarilla- Prueba bien elocuente es que en 1865 presentó a la Academia de Ciencias de la Habana, bajo pliego cerrado, una Memoria sobre Etiología de la Fiebre Amarilla", trabajo que se publicó íntegro en la Gaceta Médica de la Habana en 1879 y que comienza con las siguientes palabras: "Hacia fines de 1858 habiendo descubierto accidentalmente, una alcalinidad notable en la atmósfera de la Habana, concebí el proyecto de averiguar qué influencia podía ejercer esta circunstancia en el desenvolvimiento de la Fiebre Amarilla".

Sobre la alcalinidad atmosférica observada en la Habana versó también su discurso de ingreso en la Academia de Ciencias, y en relación con el mismo asunto escribió otros trabajos. En 1879 llegó a la Habana la Comisión Americana de fiebre amarilla presidida por el Dr. Stanford E. Chaillé y el Dr. George M. Sternberg, de Secretario. En ella venía como patólogo, Guiteras, el gran sanitario cubano, que fue por muchos años profesor en Filadelfia, y Rudolph Matas, en aquel tiempo estudiante de Medicina y notable cirujano después, que para satisfacción nuestra vive todavía en su retiro de New Orleans. El Gobierno de la Isla de Cuba designó una Comisión para que asesorara a la Comisión Americana. En ella figuraba Finlay dada su dedicación a las investigaciones sobre fiebre amarilla. A pesar de los esfuerzos nada se pudo lograr en esa oportunidad.

Luego que se marchó la Comisión Americana, Finlay siguió trabajando en todo lo que se relacionaba con la fatídica enfermedad; estudiando sus antecedentes, la historia de las epidemias y comenzando a alimentar la idea de que el mosquito era el agente transmisor de la fiebre amarilla. Muchas eran las variedades del insecto. Y encaminó sus pasos a la búsqueda de la especie que transmitiese el vómito negro. Para ello sólo contaba con una fe inquebrantable en sus ideas, y con un microscopio que había adquirido durante su época de estudiante en Filadelfia.

Con esas dos armas se lanzó a la lucha de arrancarle a la fiebre amarilla su secreto. Y así llega el mes de febrero de 1881, cuando lo designan para integrar la Delegación de Cuba y Puerto Rico ante la Conferencia Sanitaria Internacional de Washington. En el seno de aquella reunión se expusieron criterios contradictorios. Entonces Finlay hace la siguiente afirmación: "Declaro imposible para nadie que con ánimo imparcial examine los hechos aducidos, que no llegue a esta conclusión: que un gran número de pruebas que abonan unas y otras de esas dos opiniones deben aceptarse como perfectamente auténticas: conclusión que conduce necesariamente a esta otra consecuencia, que es preciso admitir la intervención de una tercera condición independiente para poder explicar esas dos categorías de hechos".

Agrega Finlay: "Mi opinión personal es que tres condiciones son, en efecto, necesarias para que la fiebre amarilla se propague: 1) La existencia previa de un caso de fiebre amarilla, en un período determinado de la enfermedad. 2) La presencia de un sujeto apto para contraer la enfermedad- 3) La presencia de un agente cuya existencia sea completamente independiente de la enfermedad y del enfermo, pero necesaria para transmitir la enfermedad del individuo enfermo al hombre sano'.

Y termina con estas palabras: "Esto, me dirán, no pasa de ser una hipótesis, y así lo entiendo: mas lo creo plausible y tiene, por lo menos, el mérito de explicar cierto número de hechos hasta ahora inexplicables por las teorías actuales. No necesito más, supuesto que mi único objeto es demostrar que si mi hipótesis u otra análoga llegase a realizarse, todas las medidas que hoy se toman para detener la fiebre amarilla resultarían ineficaces; toda vez que se estaría combatiendo las dos primeras condiciones en lugar de acatar la tercera para destruir el agente de transmisión o apartarlo de las vías por donde propaga la enfermedad. Ya veis, señores cuanto nos importa estudiar a fondo esta cuestión, si no queremos extraviarnos recomendando, con la mejor intención, sin dudas, las medidas que no han de alcanzar el fin que nos proponemos".

Responsable de sus palabras, entiende que deben ser avaladas por los hechos. No habla todavía de la clase de huésped intermediario; y con una sencillez extraordinaria se limita a indicar "la presencia de un agente cuya existencia sea completamente independiente de la enfermedad y del enfermo".

Continúa trabajando sin cesar, aumentando sus experimentos, realizando inoculaciones. El 14 de agosto de 1881 es el día memorable en que presenta a la **Academia de Ciencias de la Habana** su trabajo fundamental: **El mosquito hipotéticamente considerado como agente transmisor de la fiebre amarilla**".

En dicho trabajo las conclusiones son definitivas, la argumentación es terminante. Ya no habla de la presencia de un agente; ahora afirma de manera categórica que tres condiciones serán necesarias para que la fiebre amarilla se propague: 1. Existencia de un enfermo de fiebre amarilla, en cuyos capilares el mosquito puede clavar sus lancetas e impregnarlas de partículas virulentas, en el período adecuado de la enfermedad; 2. Prolongación de la vida del mosquito entre la picada hecha en el enfermo y la que deba reproducir la enfermedad; 3. Coincidencia de que sea un sujeto apto para contraer la enfermedad alguno de los que el mismo mosquito vaya a picar después.

Finlay en forma concluyente determina no sólo que es el mosquito el agente transmisor de la fiebre amarilla, sino algo que constituye una verdadera sutileza de observación, la variedad específica de mosquito, el **Culex mosquito** que después se denominó **Stegomya Fasciata** y por último **Aedes Aegypti**.



Dr. Lewis C. Scheffey, Presidente del Symposium Biográfico celebrado en el Colegio Médico de Filadelfia, de izquierda a derecha los Doctores Jonathan Rhoades, Horacio Abascal, Samuel Radbill, Presidente de la Sección de Historia de la Medicina, Nicholas Padis, Leandro M. Tocantins, Lewis C. Scheffey y el Dr. Philip S. Hench, de la Mayo Clinic.

Finlay en su trabajo basado en pruebas experimentales, llegó a más que demostrar una teoría; su trabajo es la piedra angular de una doctrina, la doctrina finalista, la transmisión de las enfermedades de hombre a hombre por intermedio de agentes chupadores de sangre. Sin embargo, a muchos les ha extrañado, y hasta han querido combatirlo, de que Finlay, quien ya había experimentado su teoría en varios individuos, habiendo iniciado la comprobación del medio de transmisión de la enfermedad, empleara en su trabajo fundamental el vocablo hipotéticamente. Esto es muy fácil de comprender si tenemos en cuenta el concepto que Finlay tenía de la responsabilidad, por su formación cultural y religiosa y su conocimiento amplio en el terreno siempre fecundo de la Filosofía. Creemos que así lo demostramos en un ensayo que leímos en la Academia de Ciencias bajo el título de El Pensamiento Filosófico de Finlay, donde expusimos su criterio de la hipótesis, estudiada en el campo de la Lógica y de la cual había hecho profesión de fe en un discurso que pronunció en 1876 sobre La verdad científica.

Llevado por la curiosidad, inconforme con lo monstruoso de un efecto sin causa, crea el hombre la hipótesis, germen de toda invención, parte esencial del mecanismo del entendimiento. Finlay que se comporta en cuanto al método como un positivista de raíz cartesiana, considera que es muy distinta la función lógica de ella cuando se trata de la invención del experimento, que cuando se refiere a la observación de sus resultados. Si se trata de lo primero, debe darse rienda suelta a la inventiva; si de lo segundo, "deben observarse los resultados del experimento con el ánimo despojado de hipótesis y de ideas preconcebidas"- Por eso Finlay, prototipo de hombre culto, perfectamente definido en ciencia, filosofía y religión, usa el término hipotéticamente; y no podía usar otro, al estimar la verdad como la conveniencia de la cosa con los fines que nuestros conocimientos autoricen.

La Academia de Ciencias de la Habana no le prestó ningún interés a la comunicación de Finlay. Nadie la discutió; al contrario, fue vista con desdén. Es la eterna historia de los grandes descubrimientos. Jenner como respuesta a su primera comunicación sobre la vacuna, recibió el ruego de la Sociedad Médica de no volver a tratar más de ese asunto en las sesiones, so pena de expulsarlo.

En 1881 cuando Finlay presentó su trabajo había realizado cinco inoculaciones experimentales en individuos sanos, con mosquitos que previamente habían picado a enfermos de fiebre amarilla. Recomenzó sus experimentos en junio 22 de 1883, siguiéndolos hasta julio 10 de 1900 con un total de 102 inoculaciones. La doctrina —para usar el término empleado por el General Leonard Wood— estaba comprobada

hasta la saciedad; las medidas profilácticas indicadas por Finlay eran de muy fácil aplicación. Pero la indiferencia de los hombres de ciencia y de las autoridades españolas era mayor que los estragos que a diario hacía la fiebre amarilla.

Muy pocos creían en él: en Cuba, Claudio Delgado; Rudolph Matas, en New Orleans; en Filadelfia, Weir Mitchell, quien felicitándolo en Pascuas de 1888, le decía: "ni Sternberg ni nadie podrán realmente hacerme variar o hacerme creer que Vd. está equivocado en su teoría, hasta que Vd. mismo no me lo diga'.

La fiebre amarilla fue quizás la principal tropa de choque, como se dice ahora, que nuestra epopeya libertadora tuvo en contra del ejército colonial. Pero al desembarcar en las playas cubanas los soldados norteamericanos que venían a ayudar a redimirnos, se encontraron también con esa tropa de choque que sin hacer distinciones aclaraba sus filas día a día.

Los Estados Unidos estaban preocupados. El Cirujano General Wyman nombró dos cirujanos del Marine Hospital Service, los doctores Wasdin y Gedding, para estudiar la etiología de la fiebre amarilla en relación con el bacillus icteroides de Sanarelli, quienes reportaron que era la causa de la enfermedad y que los individuos eran infectados por el aparato respiratorio.

El Doctor Sternberg, que asume en ese tiempo el cargo de Cirujano General del Ejército, no se muestra satisfecho con el informe rendido y nombra una Comisión de Oficiales compuesta por el Dr. Walter Reed, cirujano, y los doctores James Carroll, Arístides Agramonte y Jesse W. Lazear, cirujanos auxiliares, para que procediesen al estudio de las enfermedades contagiosas en Cuba, preferentemente la fiebre amarilla. Ya el Mayor W. M. Gorgas estaba actuando como Jefe de Sanidad en Cuba. Pero ni la Comisión presidida por Walter Reed, ni Gorgas, ni Sternberg creían en el medio de transmisión por el mosquito, enunciado y comprobado por Finlay desde 1881.

La Comisión inició sus trabajos dedicándose a la investigación del bacillus icteroides, buscándolo en la sangre, en el interior de los vasos sanguíneos, con resultados totalmente negativos. La situación empeoraba. El monstruo había encontrado carne fresca y los enfermos iban en aumento. A mayor limpieza, mayor era el enigma. Se tomaban todos los caminos, menos el único que conducía a la verdad, el trípode finalista: sujeto enfermo, mosquito, sujeto sano. Fue necesaria la intervención del General Wood. Hombre de visión y de carácter, que era médico además de gobernante, dio la orden de ponerse en contacto con Finlay y proceder a realizar experimentos de acuerdo con su doctrina. Entonces el Dr. Reed y otros miembros de la Comisión visitaron a Finlay quien con su franqueza característica puso en manos de la Comisión todos los datos que tenía, dándoles además ejemplares de huevos de mosquitos infectados para que comenzaran sus experimentaciones.

El propio Walter Reed lo publicó en el **Philadelphia Medical Journal**, en octubre 27 de 1900: "Deseamos aquí consignar nuestro agradecimiento sincero al Dr. Finlay, quien nos concedió una cortés entrevista y que colocó gustosamente, a nuestra disposición, sus diversas publicaciones relacionadas con la fiebre amarilla durante los últimos 19 años, así como también por los huevos de las especies de mosquitos, con las cuales él ha realizado sus inoculaciones. Con los mosquitos así obtenidos hemos podido realizar nuestros experimentos".

La Comisión de Médicos del Ejército de los Estados Unidos confirmó plenamente los postulados de Finlay. Para la vida es necesaria la muerte, y bastantes existencias costó la comprobación oficial de la doctrina. Hubo muchos voluntarios que se prestaron a dejarse inocular y muchos pagaron en extremo su heroísmo. Basta citar la noble figura de Lazear, verdadero mártir de la ciencia, y el sacrificio de la enfermera Clara L. Mass.

Le cupo la gloria a la Comisión Reed de hacer la confirmación de la doctrina de Finlay; le cupo la gloria al Mayor William C- Gorgas de ponerla en práctica realizando el saneamiento de la Habana, que fue durante largos años el terror de los trópicos.

El General Leonard Wood, gobernador militar de Cuba durante el período de ocupación norteamericana quiso que se reconociera el triunfo del Dr. Finlay aún antes de haber finalizado los trabajos de la Comisión, y solicitó la organización de un banquete que se celebró, presidido por el mismo Wood, el 22 de diciembre de 1900. Asistieron como invitados especiales el Jefe de la Sanidad Militar, Mayor Gorgas, y los doctores Walter Reed, James Carroll y Arístides Agramante, miembros de la Comisión. De esa manera se le rindió público homenaje al sabio cubano.

El General Wood, sereno, enérgico, frío en ocasiones, pero justo y estricto en el sentido del deber, no se limitó a la organización de un homenaje. En el informe oficial en que orgulloso de su labor gubernamental explicó la erradicación de la fiebre amarilla, y la explicó con una veracidad que no tuvieron muchos que estaban obligados a tenerla, dijo lo siguiente:

"En el verano de 1900 la Comisión del Ejército Americano y los médicos de dicho ejército, presididos por Walter Reed, U. S. A., fue enviada a Cuba para la investigación y estudio de la fiebre amarilla. En gracia a la cooperación prestada por el gobernador militar a esta comisión, le fue posible realizar sus experimentos en sujetos humanos. Tomaron los comisionados en consideración la teoría promulgada por el doctor Carlos J. Finlay en el año de 1881, que declaraba que el mosquito era el único agente transmisor de la fiebre amarilla. El doctor Finlay había sostenido esta teoría durante veinte años y había realizado además una considerable labor experimental en relación con ella. La comisión.



Exhibición bibliográfica sobre Carlos J. Finlay en el Colegio Médico de Filadelfia.

por medio de experimentos cuidadosos probó que esta teoría era cierta y en febrero de 1901, el doctor Reed leyó un trabajo ante el III Congreso Médico Panamericano reunido en la Habana en el que dio cuenta de los resultados de su labor”.

Ya el Mayor Gorgas había informado anteriormente: “La teoría del doctor Finlay fue tomada por el Comandante Reed, y la comisión del ejército, que la experimentaron en seres humanos, demostrándose, como ninguna otra teoría en la medicina lo ha sido, en el transcurso de un año. Los resultados de los trabajos del año actual se consignan de una manera práctica en el informe. El gobernador militar de Cuba lo adoptó, haciendo una aplicación práctica de él en un lugar donde la fiebre amarilla había sido endémica durante 200 años, eliminando la enfermedad en el transcurso de uno. No conocemos ninguna teoría establecida por ningún hombre de ciencia que obtuviera tan rápida y brillante sanción y que fuese aplicada con tanto éxito por aquellos que ejercen el poder”.

La erradicación de la fiebre amarilla fue un acontecimiento de tal naturaleza, una obra de tal importancia, que en la empresa había galardones para todos. No obstante, por uno de esos fenómenos inexplicables, producto de las pasiones o surgido del plano de lo subconsciente de la personalidad, ya que no puede otra cosa pensarse, a partir de ese mismo trabajo citado por Wood ante el III Congreso Médico Panamericano, se comenzó a querer ignorar el papel primordial que Finlay tenía, de haber sido ' el Cristo de la doctrina redentora de la fiebre amarilla”.

Tanto es así que el propio Gorgas se ve precisado a escribirle desde New York a Juan Guiteras, en septiembre de 1903: "Realmente me siento apenado por la actitud del Dr. Carroll respecto al Dr. Finlay. Creo que es un error. Todas las facetas del caso han sido publicadas en documentos originales y ellos hablan por sí solos. La posteridad dará crédito a quien se le debe. No conozco nada en medicina más claro que las razones del Dr. Finlay acerca de que el mosquito era el transmisor de la fiebre amarilla, ni nada más perseverante ni tenaz en el mantenimiento de su teoría, en la cual ha venido laborando intensamente, publicando documentos desde 1881 a 1901”.

La verdad acaba de resplandecer, aunque los intereses pretendan opacarla, y siempre hay espíritus justicieros que en todo instante la defienden. En 1905, John W. Ross, Medical Director U. S. Navy, que había sido Director del Hospital ' Las Animas” durante la primera intervención americana, se dirigió al Instituto Real Carolina, de Estocolmo, proponiendo al Dr. Finlay para el premio Nobel de Medicina que debía concederse en 1906. "He opinado durante mucho tiempo — escribe Ross — que no hay nadie que tanto merezca el Premio Nobel de Medicina como el Dr. Finlay,

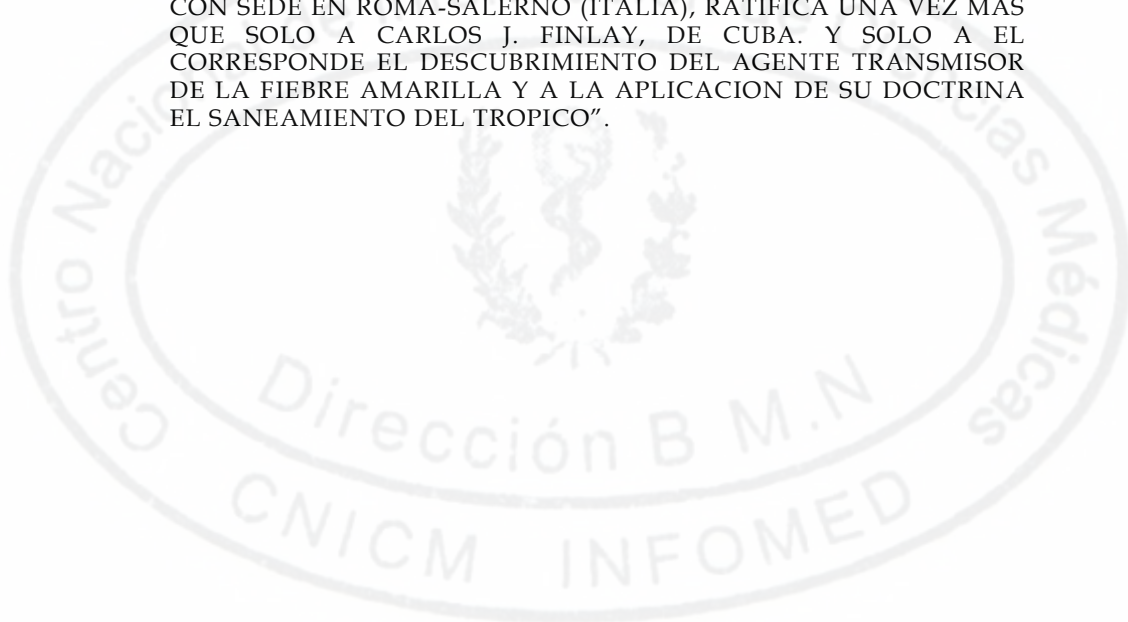
en reconocimiento de sus brillantes servicios a la Ciencia y a la Humanidad, al descubrir la manera de propagar la fiebre amarilla, así como los medios de erradicar y evitar epidemias de tan tremendo flagelo”.

“Es más —continuaba diciendo Ross— el Dr. Finlay presentó ante el Congreso Internacional de Higiene y Demografía, en Budapest el año 1894, un trabajo en que especifica las medidas necesarias para evitar la propagación de la fiebre amarilla por el mosquito. Estas medidas eran prácticamente las mismas que con tanto éxito fueron llevadas a cabo, en Cuba, por el Coronel Gorgas, al limpiar la ciudad de la Habana en el 1901, por lo cual obtuvo una fama mundial”.

Por razones que no son del caso aclarar, el Premio Nobel no se le otorgaron. Pero se inició el reconocimiento internacional y comenzaron a llegarle los honores- Su **Alma Mater**, el **Jefferson Medical College** le confirió el Doctorado en Leyes **ad honorem**, y a propuesta de su antiguo preceptor S. Weir Mitchell the **College of Physicians of Philadelphia** lo hizo **Honorary Fellow**, la medalla Mary Kingsley de la Escuela de Medicina Tropical de Liverpool, las insignias de Oficial de la Legión de Honor de Francia, el título de Miembro de la Academia de Medicina de Paris, el Premio Breant. Pero “el más amable de los hombres en carácter y personalidad”, como lo llamó Gorgas en su obra **El Saneamiento de Panamá**, el genio que elaboró y comprobó la doctrina de la transmisión de las enfermedades de hombre a hombre por intermedio de agentes chupadores de sangre; el investigador que llevaba por lema el mote del escudo de **armas de la familia**, **I'LL BE WARY**, **era** modesto y sencillo, y con sencillez y modestia continuó laborando en aras de la Humanidad hasta que cruzó la frontera de lo eterno el 20 de agosto de 1915.

A su muerte siguió la consagración. En 1933 el IV Congreso de la **Pan American Medical Association** celebrado en Dallas Texas, fijó el 3 de diciembre, fecha del nacimiento de Finlay, como **Día de la Medicina Americana**. El centenario de su natalicio fue apoteósico. Todas las naciones americanas y muchas europeas lo conmemoraron. París le puso a una calle el nombre de Finlay. Universidades, Escuelas, Laboratorios, develaron bustos del gran investigador; colocaron lápidas en sus edificios. La ciudad de New Orleans mandó grabar una placa. Y así día tras día, Academias, Facultades y Congresos admiran la perseverancia del genial investigador que necesitó dos décadas de tenacidad para lograr ver reconocida su doctrina. En el X Congreso Internacional de Historia de la Medicina que se celebró en Madrid en 1935 fue proclamada la gloria de Finlay al considerarlo como iniciador de la lucha científica contra la fiebre amarilla, dando a conocer el papel que desempeña el mosquito que la transmite. En 1943 se le rindió honor “aje en el Congreso de los Estados Unidos de América. Don **sol** Bloom, Presidente del Comité de Relaciones Exteriores de la

Cámara de Representantes, quien pronunció un brillante discurso lleno de sinceridad y de realismo llegó a decir: "Aún después de cuarenta años, apenas si se sabe que Carlos Finlay fue el verdadero conquistador de la fiebre amarilla. La gloria ha sido para otros; no porque ellos lo quisieran así, sino principalmente porque la comprobación espectacular que hicieron de la validez de la teoría de Finlay, seguida de cerca por la erradicación de la fiebre amarilla en la Habana y en Panamá, atrajo más la atención de los estadounidenses que el descubrimiento que hizo Finlay al arrancar su secreto a la naturaleza. Por último, en septiembre de 1954, en la sesión plenaria presidida por el Dr. John F. Fulton, Profesor de la Universidad de Yale, se acordó por unanimidad que: "EL XIV CONGRESO INTERNACIONAL DE HISTORIA DE LA MEDICINA. CON SEDE EN ROMA-SALERNO (ITALIA), RATIFICA UNA VEZ MAS QUE SOLO A CARLOS J. FINLAY, DE CUBA. Y SOLO A EL CORRESPONDE EL DESCUBRIMIENTO DEL AGENTE TRANSMISOR DE LA FIEBRE AMARILLA Y A LA APLICACION DE SU DOCTRINA EL SANEAMIENTO DEL TROPICO".





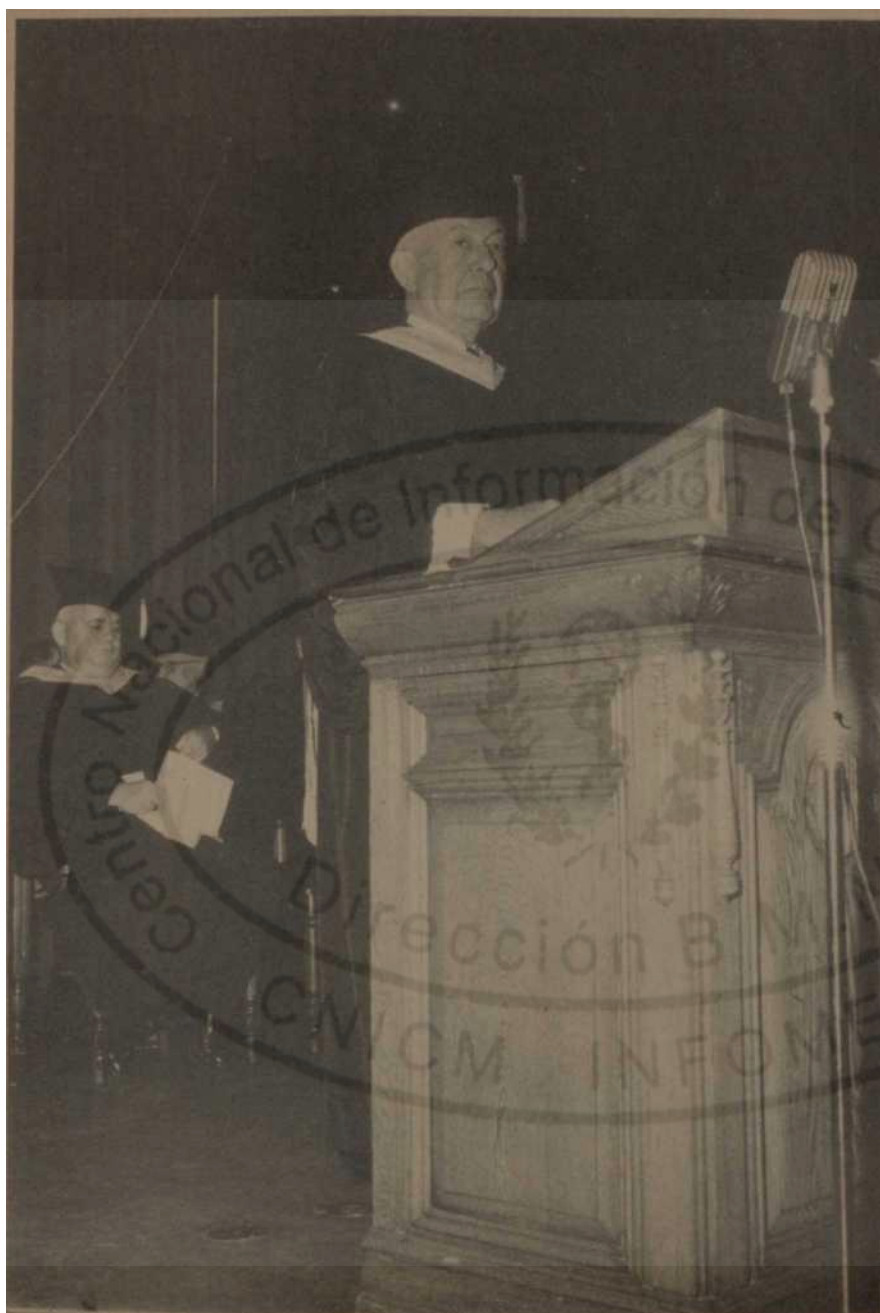
El Presidente y Decano del Jefferson, Dres. Hames L. Kauffman y George A. Bennett, respectivamente, presidiendo el desfile final de la ceremonia.



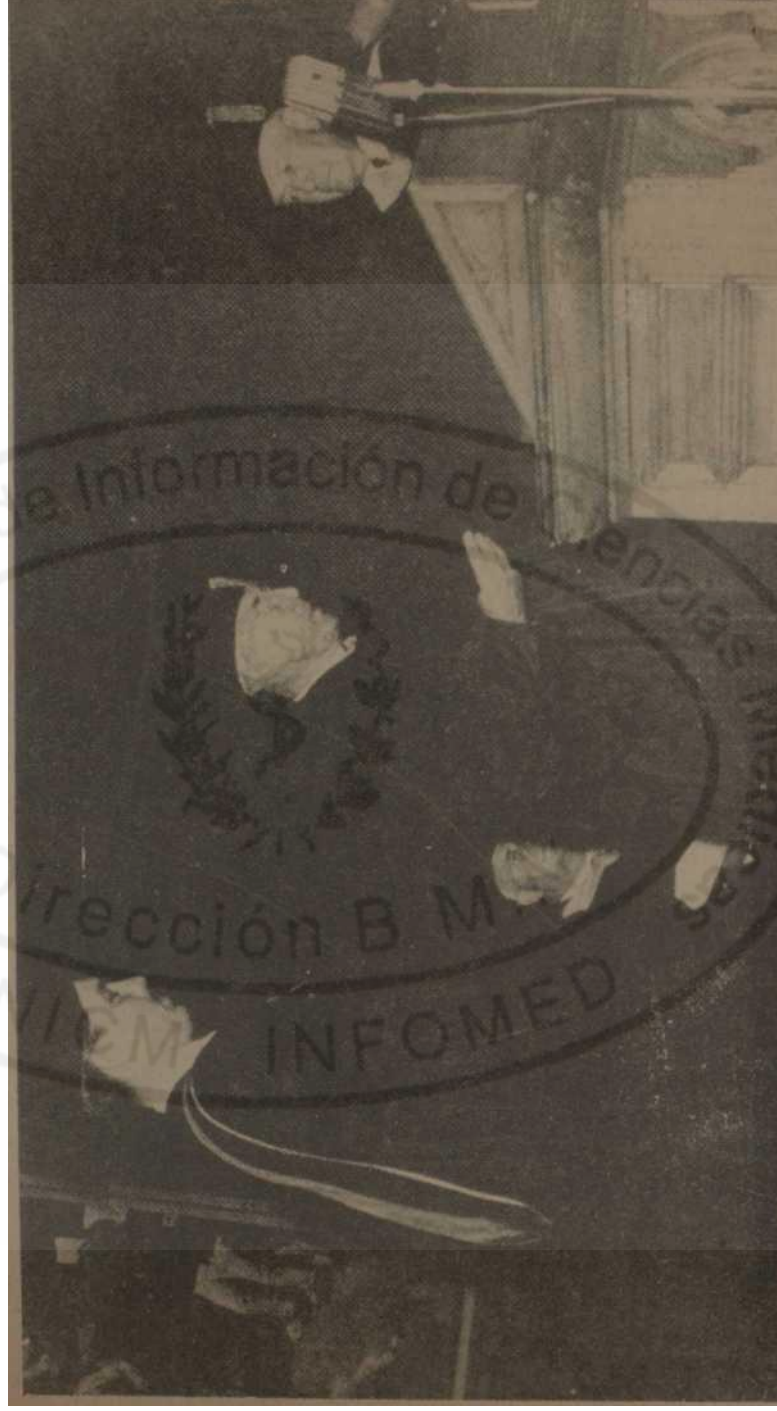
UN ASPECTO DEL ACTO



El busto del Dr. Carlos J. Finlay donado por el Señor Presidente de la República de Cuba, Mayor General Fulgencio Batista y Zaldívar, en los momentos que era develado por el nieto del sabio Sr. Alfredo Finlay, acompañado del Presidente del Jefferson, Dr. Kauffman, y del Presidente de la Delegación Cubana, Dr. Carlos Salas Humara.



Vice-Almirante James L. Kauffman, iniciando las ceremonias conmemorativas del Centenario de la graduación de Finlay.



El Dr. Salas Humara recibiendo el Grado de "Doctor Honoris Causa" otorgado al Dr. Alberto Recio y Forns.